

**Como citar este artículo:**

Restrepo, F. E. (2014). Arte y comunicación alternativa: una apuesta por democratizar la opinión pública desde sectores juveniles marginados. *Revista Eleuthera*, 11, 163-186.

# ARTE Y COMUNICACIÓN ALTERNATIVA: UNA APUESTA POR DEMOCRATIZAR LA OPINIÓN PÚBLICA DESDE SECTORES JUVENILES MARGINADOS

ELEUTHERA

ART AND ALTERNATIVE COMMUNICATION: A BET ON DEMOCRATIZING THE PUBLIC OPINION FROM YOUTH EXCLUDED SECTORS

FABIÁN EMILIO RESTREPO GARCÍA\*

## Resumen

El objetivo principal de este artículo es el de dimensionar los alcances de las prácticas artísticas juveniles en la democratización de la opinión pública en la ciudad de Medellín, para lograrlo, el trabajo elabora una reflexión teórica en la que se abordan importantes autores que han propiciado reflexiones en torno a la democracia, la comunicación, la ciudadanía y la formación de opinión pública; la construcción teórica es contrastada con el trabajo de campo realizado en el marco de la investigación “Jóvenes, participación política y formación democrática. Estudio comparativo Bogotá y Medellín” adelantada por el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia y la Universidad Central de Bogotá.

El trabajo de campo privilegió el enfoque cualitativo con herramientas de etnografía, observación participante y entrevistas semiestructuradas, buscando privilegiar la construcción conjunta de conocimientos entre los investigadores y los sujetos participantes de la misma, los enfoques metodológicos utilizados le permitieron a la investigación sobrepasar las dimensiones típicas de la opinión pública e indagar por los sentidos y sensaciones que le dan forma a las diferentes maneras de entender y dimensionar las opiniones de lo público desde los sectores marginados de la sociedad.

Las principales conclusiones del artículo son: la visibilización de una estructura democrática mayoritaria que modela un tipo específico de participación política, que se basa en los valores cívicos de respeto por las elecciones y las instituciones legalmente constituidas que restringe la manifestación de inconformidades sociales y teje, por tanto, ciudadanía de primera y segunda categoría; y, en respuesta al cierre de estas estructuras democráticas, se verifica la existencia de expresiones culturales que por medio del arte tratande alterar las opiniones que se construyen sobre los asuntos públicos, buscando recalcar las exclusiones

---

\* Politólogo de la Universidad de Antioquia, Magíster en Estudios Contemporáneos de América Latina por la Universidad Complutense de Madrid. E-mail: fabianrestrepo.garcia@gmail.com.

e injusticias que se generan en el seno de las culturas mayoritarias y que pretenden ser invisibilizadas por la opinión pública de estas.

**Palabras clave:** culturas alternativas, cultura política, jóvenes, opinión pública, participación política.

### Abstract

The main objective of this article is to dimension the scope of youthful artistic practices in the democratization of public opinion in the city of Medellin. To achieve this the work draws up an important theoretical reflection in which important authors that have promoted reflections around democracy, communication, and citizenship and public opinion formation are addressed. The theoretical construction is contrasted with field work carried out within the framework of the investigation “Young people, political participation and democratic formation. A comparative study in Bogota and Medellin” developed by the Political Studies Institute of Universidad de Antioquia and Universidad Central of Bogota.

The field work favored the qualitative focus with ethnography tools, participating observation and semi-structured interviews, aiming to favor the joint construction of knowledge between the researchers and the participating individuals. The methodological focus used allowed the research to overcome the typical dimensions of public opinion and investigate the senses and sensations that shape the different ways of understanding and dimensioning the opinions of the public from the marginalized sectors of society.

The main conclusions of the article are: the visibility of a majority democratic structure that models a specific type of political participation based on civic values of respect for elections and the legally constituted institutions that hinders the manifestation of social non-conformism and therefore waves first and second class citizenships and, in response to the closure of these democratic structures, the existence of cultural expressions which, through art seek to alter the views that are built on public issues is verified in order to emphasize the exclusions and unfair situations that are generated in the core of the majority of cultures and that pretend to be hidden by public opinion on them.

**Key words:** alternative cultures, political culture, young people, public opinion, political participation.

## Introducción

El presente artículo es el resultado de una pasantía de investigación en el proyecto “Jóvenes, participación política y formación democrática. Estudio comparativo Bogotá y Medellín”, con una duración de doce meses, en la cual participaron los grupos de investigación: “Comunicación-Educación” del Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos (IESCO) de la Universidad Central y el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia. Esta investigación se propuso como objetivo general: comprender la actuación de las organizaciones no formales de jóvenes escolares de Bogotá y Medellín y su incidencia en las dinámicas de formación y participación de la ciudad y las instituciones educativas, para formular propuestas pedagógicas que reconozcan sus posibilidades de acción política democrática en los contextos de la escuela y la ciudad. Objetivo, que se fue decantando en el proceso hasta establecer que el asunto central que se tenía entre manos eran los discursos (entendidos como palabra y acción) con los cuales los jóvenes reconfiguran la política.

Enmarcado en este proceso de investigación y en uno de sus objetivos específicos, que busca generar con los jóvenes procesos de análisis y reflexión sobre los medios y procesos de comunicación de los cuales se valen para impulsar en la esfera pública sus propuestas, la pasantía de investigación se centró en las experiencias juveniles que hicieron parte de la investigación general (Desadaptadoz). El presente artículo pretende determinar la forma en que los sectores juveniles subalternos generan imaginarios políticos de resistencia a la homogenización implantada por los medios de comunicación masivos y la forma en que estos procesos contribuyen a la democratización de la opinión pública de la ciudad. Esta investigación se desarrolla desde un enfoque cualitativo que privilegia la reflexividad, con lo cual se pretende generar un vínculo entre el investigador y el investigado para construir conjuntamente la verdad sobre aquello que se quiere estudiar, esta investigación adopta una perspectiva etnográfica participante que se encamina hacia una mirada densa de aquello que se quiere comprender.

El texto aborda, en un primer momento, una serie de cuestionamientos teóricos sobre el papel de la cultura política en el proceso comunicativo y cómo desde ahí se construye la opinión pública, haciendo énfasis en la existencia de una diversidad cultural al interior de la sociedad y, por tanto, diversas opiniones sobre lo público. En la segunda parte del texto se estudian dos experiencias juveniles que, desde el arte y la comunicación alternativa, generan dinámicas de conformación de opinión pública, propiciando la democratización de esta en la ciudad.

En este artículo se logra dimensionar la forma en que los jóvenes, valiéndose de unas políticas culturales determinadas, logran re-dimensionar los sentidos y percepciones de la realidad, por lo menos, la del grupo al que pertenecen. De esta manera podría afirmarse que estos grupos juveniles forman parte del proceso constitutivo de la opinión pública y, por tanto, contribuyen a la democratización de la misma.

## La dimensión cultural de la política como clave para leer los nuevos escenarios y actores políticos

El creciente recelo por la participación institucional y electoral, la desafección hacia las identidades nacionales, por parte de algunos grupos sociales, la confusión entre lo público y lo privado, y la colonización que hizo la economía sobre los campos que se suponían propios de la esfera política, han sido fenómenos que han acaparado los intereses de estudiosos de la política, la cultura y las relaciones sociales en tanto rompen con las formas tradicionales de pertenencia a la comunidad política y abren la puerta a nuevas formas de relacionamiento al interior de las comunidades.

No obstante, dicha antipatía por las instituciones del gobierno es el resultado de sus malas actuaciones, las cuales se han convertido en mercaderes de la política, buscando intereses personales o de grupos reducidos, distanciando las llamadas élites políticas de las personas del común, es decir, estas instituciones han perdido su capacidad de convocar a la comunidad y de construir identidades políticas comunes a su alrededor (Barbero, 1997). Lo que, sin duda, ha afectado los postulados de la ciencia política clásica, que centró sus estudios en la búsqueda de los elementos constitutivos del Estado (Batlle, 1992).

Para la vertiente clásica, los estudios de la política se limitaban a las instituciones del gobierno ya fuera desde una perspectiva “subjetivo-ideológica” que argumentaba normativamente los cambios necesarios en el Estado para lograr un mejor gobierno o desde una postura “objetivo-institucional” que analizaba las instituciones, siguiendo los postulados de la escuela de Staatslehre para la cual “el Estado no era más que un conjunto de instituciones políticas que se podían estudiar empíricamente a través del análisis del derecho público” (Batlle, 1992, p.34). Sin embargo, esta ciencia política de principios del siglo XX que se ubicaba en una perspectiva filosófica y legalista, comenzó a ser cuestionada a mediados de siglo por los partidarios de una disciplina lógica, empírica y explicativa que pretendía dar cuenta de los procesos políticos de forma más global y profunda. Superando los estudios de casos ideográficos no acumulativos y de índole institucional (Almond, 1999) y que, además, fijara su atención en aquellos procesos que, si bien se producen por fuera de las instituciones, pueden explicar la forma en que las personas se relacionan con el Estado.

En este sentido la escuela conductista de la década de 1950 produjo un cambio significativo en el curso de la disciplina, al preguntarse por las motivaciones y valores que determinaban el comportamiento político de las personas hacia el sistema y sus instituciones por medio de técnicas que pudieran ubicar regularidades explicativas que les permitiera formular leyes (Batlle, 1992). Por ello el análisis de la cultura política desde la cultura cívica, desarrollado por Gabriel Almond y Sidney Verba, fue una de las manifestaciones más fuertes del conductismo; pero también ha sido objeto de múltiples críticas por su pretensión universalista y por concebir

que el comportamiento cívico era la única forma posible de comportamiento político, negando con esto la existencia de otras formas de actuación y de otros valores políticos.

Ante el universalismo que albergaba el conductismo con la cultura cívica que era su correlato, en la década de 1980, diferentes autores se pronunciaron en favor de la necesidad de poner la mirada en esos otros escenarios, por los cuales transcurren diferentes formas de hacer política, lo que remite necesariamente a la forma en cómo está siendo pensada por el común de las personas. Así, para Norbert Lechner (1987) pensar la política, desde el lugar de los sentidos, creencias e incluso los sentimientos, implica una aproximación “culturalista” que trasciende los resultados arrojados por las encuestas de opinión y se ubique en las capas más profundas del universo político como los valores, las representaciones simbólicas y los imaginarios colectivos. Es decir, en aquellas prácticas y creencias que las personas consideran algo normal y natural, lo cual implica llevar a cabo procesos interpretativos que permitan develar los significados que se ocultan tras las realidades cotidianas de los sujetos.

Desde este lugar, se entiende que la realidad no habla por sí sola, el significado que se le otorga a cada cosa dependerá del marco interpretativo con el que cada sujeto la aborde; y es ahí donde la hermenéutica cobra importancia para el análisis de las realidades políticas; pues, desde ella, es posible comprender que la interpretación de textos y hechos sociales es un acto esencialmente cultural, en el que se toma contacto con fenómenos sociales que se conciben como históricos, ya que es por medio de este proceso que los seres humanos se reconocen.

Esta perspectiva cultural e interpretativa retoma postulados esenciales de Gadamer, por ejemplo, cuando plantea que el pre-enjuiciamiento que guía la comprensión de un hecho no es una acción subjetiva, sino que surge intersubjetivamente desde la comunidad en que se está inserto, lo evidencia la conexión de los sujetos a una tradición cultural determinada (Pinto, 2000). Así, los sujetos se enfrentan a las realidades políticas desde una serie heterogénea de marcos interpretativos, lo cual genera diversas concepciones y juicios sobre la política que crean un desacuerdo entre las representaciones con las que trabaja la ciencia política tradicional y la realidad social existente. Los estudios tradicionales de la política no logran dar cuenta de esos universos simbólicos diferentes con los que las personas dimensionan el mundo de la política.

Por tanto, para lograr dar cuenta de esos universos diversos en el mundo de la política, se debe cambiar el lugar desde el cual se elaboran los estudios. Dicho enfoque debe prestar atención a aquellos lugares conflictivos de la política, a esos lugares y dinámicas del desorden, a las dinámicas de transformación y cambio que les son inherentes. Por supuesto, no se pretende negar el lugar que ocupan las instituciones en la vida política de las sociedades contemporáneas, pues indudablemente son un lugar de referencia importante para el mundo político. Se trata, más bien, de intentar develar los sentidos de aquellas prácticas que la ciencia política clásica se ha empeñado en negar, poniendo atención a las retóricas, a las poéticas y a las estéticas a

partir de un ejercicio hermenéutico que pretende interpretar no solo lo que se hace o dice, sino también por qué se hace y se dice, permitiéndonos entender la forma en que el discurso es utilizado para trastocar el orden existente o para intentar instaurar otros (Uribe, 2004).

Por lo anterior, el enfoque asumido para cumplir con los objetivos trazados es el de la “dimensión cultural de la política”, con el que se le reconoce a los diferentes actores sociales su accionar político, ya que utilizar este enfoque implica, como lo plantea Jorge Benedicto, ubicarse en un lugar distinto que le apunta a esas tramas ocultas de la cultura política, tramas, que están en la cotidianidad, en los valores y sentimientos de las personas. El presente estudio se ubica, entonces, en esos lugares de la política marginal, de la política hecha por fuera de las instituciones y los partidos, de la política hecha por grupos excluidos que luchan por que se reconozcan sus diferencias, porque sus voces sean tenidas en cuenta, por influir en el mejoramiento de sus condiciones de vida.

## **Culturas políticas y comunicación alternativa: ampliando la esfera política desde el reconocimiento de la heterogeneidad**

Tal como se mencionó en el apartado anterior, los primeros acercamientos al término de cultura política tuvieron como referente el estudio desarrollado por Gabriel Almond, asociado al de cultura cívica, caracterizado por aportar orientaciones hacia el sistema, su estructura y sus instituciones políticas y por promover una participación activa de los sujetos en dicho sistema político. Este modelo cívico fue la respuesta a los procesos de modernización del Estado impulsado en la Europa occidental en el periodo de la segunda posguerra y pretendía vincular las nuevas prácticas de ingeniería política (especialización burocrática) con las culturas tradicionales de los diferentes países. En términos de Almond:

las fuerzas tradicionales aristocráticas y monárquicas asimilaron éste modelo de cultura cívica, en una medida suficiente, para competir con las tendencias secularizadoras a favor del apoyo popular y ciertamente, para mitigar su racionalismo y transmitirles el amor y el respeto hacia el carácter sagrado de la nación y las instituciones. (Almond, 1992, p. 174)

Así, la cultura cívica hizo, en primer lugar, las veces de puente entre la modernización del Estado y la conservación de lealtades ante esas nuevas instituciones, en la medida en que un sistema democrático de participación requiere, además de las instituciones, una cultura política coordinada con ellas (Almond, 1992). No obstante, en un segundo momento, el impulso del conductismo a la formulación de leyes generales, llevó a creer que esta manera de comportamiento cívico era el único modo posible de actuación política, negando con esto la existencia de otras formas de comportamiento y valores políticos.

Los postulados de la cultura cívica llevan implícitamente la existencia de una cultura nacional única que legitime la centralización de las instancias de poder y la unificación del mercado en detrimento de la pluralidad cultural, la cual es vista como amenaza al poder central del Estado. Así, el modelo cívico necesita la existencia de una serie de dispositivos que limiten la autonomía política y cultural de los diferentes grupos sociales, encarnados por las formas de participación electoral propias del modelo democrático liberal.

La cultura es asumida, entonces, como la forma de socialización propia de la esfera pública burguesa, civil e ilustrada, despojándola así de su rol social y desplazándola a los anaqueles de las artes cultas y los salones burgueses de reunión, limitada a las bellas artes y al “buen” comportamiento en sociedad, incluyendo el ámbito político, con lo cual la acción política de los sujetos se restringe a la introyección y respeto de las instituciones y sus maneras de participación.

Por tanto, para comprender las diferentes manifestaciones políticas presentes en una sociedad, se hace necesario contar con un marco interpretativo que permita dar cuenta de la existencia de universos políticos por fuera de las instituciones del gobierno y que, además, acepte la existencia de diferentes campos culturales al interior de la sociedad. Con ello se delimita un concepto de cultura que acepta la existencia de esos universos de sentido y acción diferentes tal como lo propone Ann Swidler: la cultura está compuesta por una serie de vehículos simbólicos a través de los cuales las personas expresan significados sobre las cosas que les rodean y las acciones que llevan a cabo, estos vehículos simbólicos son encarnados por los sentimientos, las manifestaciones artísticas y las ceremonias; además, la cultura cuenta con un componente informal que se manifiesta en aspectos como el lenguaje, las historias, los mitos y las prácticas de vida cotidiana. Estos dos componentes, en conjunto, dan como resultado la existencia de unas formas simbólicas disponibles públicamente bajo las cuales se presentan los diferentes procesos sociales y se comparten modos de actuación al interior de una comunidad determinada (Swidler, 1996).

Esos vehículos simbólicos no son homogéneos como lo quiere hacer ver la vertiente cívica, son diversos e incluso contradictorios. La presencia de estos universos simbólicos fue generando a través de la historia procesos de diálogo, presiones y represiones, de préstamos y rechazos, que constituyen la dinámica propia de los procesos culturales. Bajo esta perspectiva es posible pensar esos lugares excluidos como experiencias culturales diferenciadas que se han constituido en un proceso dialéctico de permanencia y cambio, de resistencia y de intercambio, generando espacios de cultura popular (Martin-Barbero, 1987).

En este sentido la cultura recobra el rol social que había perdido bajo la corriente cívica, vuelve a ubicarse como el vehículo con el cual los sujetos dimensionan sus realidades y actúan sobre ellas. Por tanto, las expresiones folklóricas de los diferentes grupos sociales son re-

dimensionadas como prácticas culturales legítimas, superando de esta forma los anclajes que la perspectiva de la cultura cívica le había impuesto a la cultura política, ya que esta puede ser redefinida como un conjunto de herramientas empleadas para pensar el mundo político, herramientas que no solo vienen dadas por las instituciones del Estado, sino que se generan en los diferentes espacios de socialización e incluso en prácticas de la vida cotidiana. Esta definición de cultura política reconoce la existencia de diversos significados de lo político desde los cuales los diferentes grupos y actores sociales interpretan sus mundos políticos, apropian dichas interpretaciones, y guían sus acciones en lo público (Moran y Benedicto, 2008).

En parte, ese surgimiento de nuevos universos de acción política se debe a lo que Jesús Martín Barbero plantea como un proceso de “desfiguración de la política”, originado en la pérdida de componentes ideológicos y simbólicos de los partidos y en la corrupción de los agentes burocráticos, que han generado una incapacidad por parte de las instituciones del gobierno de convocar a los diferentes actores sociales en la construcción de procesos identitarios, lo cual indica un desgaste en aquellas instituciones impuestas por las culturas dominantes para generar cohesión social, como lo esperaba la vertiente cívica.

En esta medida, diversos grupos y movimientos sociales han desplegado un conjunto de políticas culturales (Escobar, 2001) encaminadas a dotar de nuevos sentidos aquellas prácticas sociales, culturales y políticas que han sido dejadas por fuera de la cultura política dominante. Así, para la política cultural de estos grupos y movimientos, la identidad y la subjetividad son aspectos importantes en tanto que cumplen un papel fundamental a la hora de cuestionar o aceptar las relaciones de poder existentes. Más aún, para grupos oprimidos, la construcción de nuevas identidades y resistencias es una dimensión crucial de una lucha política más amplia por la transformación de la sociedad.

Así, por medio de las políticas culturales los grupos y movimientos sociales excluidos han contribuido al surgimiento de nuevas culturas políticas, encaminadas a desmitificar el papel de las instituciones como los únicos espacios de construcción de lo político. Por tanto, los grupos excluidos han generado una serie de recursos simbólicos, rituales y maneras de ver el mundo, que les permitan aparecer en la escena pública, indicando un estado de lucha por su reconocimiento como sujetos con intereses válidos, valores pertinentes y demandas legítimas, es decir, demostrando la existencia de esas ciudadanías que María Teresa Uribe nombra como mestizas. De esta manera, los derechos otorgados por la ciudadanía deben abarcar las prácticas ciudadanas emergentes no consagradas en el orden jurídico, lo cual reconoce el papel de las subjetividades en la renovación de la sociedad (Naranjo, Hurtado, Peralta, 2003).

Es el reconocimiento de esa pluralidad, al interior de la sociedad, lo que hace necesario la expansión de la democracia en busca de espacios en los cuales dichas diferencias pueden converger, expansión democrática que implicaría un paso de la democracia representativa,

a una democracia deliberativa, en la cual los sujetos cuenten con posibilidades y mecanismos óptimos de participación en los asuntos públicos (Habermas, 1999).

En este sentido, una de las principales características de la democracia deliberativa viene dada por la existencia de la libertad de expresión y poder contar con fuentes de información adecuadas, pues la existencia de estos factores sería el medio para acceder a uno de los fines de la democracia: fomentar la participación conjunta de los ciudadanos en la elaboración de un juicio colectivo. Para ello es fundamental contar con un amplio y eficaz ámbito de interacción, deliberación o comunicación pública, es decir, un “espacio público” en el cual los sujetos puedan discutir desde sus diferentes formas de interpretar la realidad (Habermas, 1999).

La comunicación es un factor fundamental al interior de la sociedad humana en la medida en que esta supone la posibilidad de socializar esos valores, sentimientos y vivencias con los que los sujetos se acercan a la vida en sociedad y construyen las realidades tanto económicas como culturales y políticas. De ahí que la existencia de medios de comunicación efectivos y disponibles para los diferentes grupos sociales sea un requisito fundamental para la construcción de una democracia deliberativa.

## Voces desde los márgenes: la construcción de un espacio público democrático

El arte no se puede simplificar, Ni modificar. Para hacerlo vendible. (Nach)

Cuando se hace referencia a la comunicación como un aspecto central en los procesos de democratización de la sociedad se alude a la democracia deliberativa, que propone una participación activa de los ciudadanos, lo cual supone la existencia de un “espacio público” en el cual tienen lugar todos los procesos de comunicación y deliberación pública, según la propuesta de Habermas (2011).

Para Jürgen Habermas, en las sociedades contemporáneas, existen dos esferas en las cuales se llevan a cabo esos procesos de comunicación y deliberación pública, una que pudiera ubicarse en el “centro” de la vida social y que se compone de la política institucional; y, otra que se ubica en la “periferia” y se compone de todo tipo de grupos y organizaciones sociales capaces de conformar o alterar la opinión del público (Habermas, 2011).

En la primera de esas esferas, que pudiéramos llamar mayoritaria, el “espacio público” se conforma por los medios masivos de comunicación, que se constituyen en el canal por el cual circula la información y se lleva a cabo la deliberación pública entre quienes comparten los valores de esa sociedad mayoritaria. De esta forma, los mensajes que circulan por los medios

masivos de comunicación se encuentran encaminados al control de la población tal como lo señala Victoria Camps (1999), ellos no reflejan la opinión de los ciudadanos, más bien, la construyen, de tal manera que el ciudadano pasa a convertirse en un simple consumidor de un producto noticioso (Camps, 1999).

La importancia que han adquirido estos medios de comunicación es producto de la modernidad y el capitalismo en su proceso de abstracción, por eso su función es catalizar la existencia de una realidad social caracterizada por la competencia y el individualismo (Martín-Barbero, 1997). Los medios de comunicación atomizan los públicos y con ello modifican los sentidos del discurso político en tanto que se rompe el lazo social que le dotaba de sentido, con lo que se torna confuso, superficial, incluso, insignificante.

Justamente, el predominio de los medios de comunicación electrónicos produce un cambio estructural del “espacio público”, ya que este deja de estar habitado por ciudadanos razonantes y se somete a una cultura integradora y de mero consumo de noticias y entretenimiento, reestructurando el espacio público con fines demostrativos y manipulativos. En términos de Habermas, la red de medios electrónicos de comunicación sirve para controlar la lealtad de una población despolitizada (Habermas, 1999).

Desde esta perspectiva, la opinión pública ha sido vista como la suma de opiniones privadas de las personas pertenecientes a la sociedad, por eso autores como Wolton (1992) equiparan la opinión pública con los sondeos de opinión, instrumentalizándola y convirtiendo las opiniones de las personas en simples datos vertidos por las encuestas. En esta dirección, Giovanni Sartori (1998) define la opinión pública como la opinión generalizada que se tiene sobre un asunto público.

Así, en este supuesto, la opinión pública es presentada como un actor social lo cual implica pensar este fenómeno como un ente supraindividual que ejerce una autoridad pública con capacidad para sancionar, legitimar o disentir. La opinión pública pensada en estos términos es un actor válido para ejercer contrapesos en las instituciones públicas. Bajo esta perspectiva solo sería opinión pública aquella que proviene de la sociedad mayor y que circula por los medios de comunicación masivos, invisibilizando las voces distintas y disidentes al dejarlas por fuera de los circuitos que conforman la opinión pública de la mayoría, en términos de Sartori: de la opinión generalizada.

Sin embargo, para lograr dar cuenta del universo simbólico e interpretativo diverso presente en estas sociedades, la opinión pública debe ser vista como un proceso en el que se reconoce el constante movimiento que tiene la opinión sobre lo público, gracias a las constantes tensiones ejercidas por diferentes fuerzas y en diferentes lugares de la sociedad, que van desde lo macro hasta lo micro y viceversa. En esta lógica, la opinión pública se convierte en un acontecimiento en el cual confluyen diversos actores y no solo los de la sociedad mayor.

## Proceso(s) de conformación de la opinión pública

La opinión pública no representa un fenómeno finito en el tiempo, es decir, algo que aparece y desaparece cada determinado tiempo, es de hecho una constante en el funcionamiento de las sociedades, según Kimball Young (1999) la opinión pública emerge como resultado de un proceso en el cual un tema determinado comienza a ser definido por un grupo de personas como problemático y sobre el que se hace necesario generar algún tipo de acciones, ese grupo de personas deben valorar la importancia que el tema reviste para el grueso de la sociedad y en concordancia con ello tratarán de generar el mayor número de acuerdos posibles para buscar modificar la situación inicial que han identificado como problemática.

Sin embargo, este no es un proceso lineal que adolece de tensiones, todo lo contrario, es quizás uno de los escenarios de mayor disputa en las sociedades, en la medida en que lograr posicionar un tema en la opinión pública significa modelar la realidad según los intereses de un grupo determinado. Por tanto, la opinión pública es el resultado de un proceso de interacciones, en primer lugar, entre los grupos primarios (Price, 1992), es decir, aquellos que identificaron originariamente una situación como problemática y posteriormente entre estos y el resto de la sociedad, es en este momento que los medios de comunicación juegan un papel central en la construcción de la opinión pública.

Tal como lo anota Jorge Iván Bonilla, en la conformación de la opinión pública se presentan tensiones y conflictos entre los diferentes actores sociales que quieren contribuir en la significación de la realidad. Estas disputas reflejan la maleabilidad de la opinión pública, la cual se crea al interior de los flujos y reflujos de la sociedad, mediante procesos dialógicos (Bonilla, 2002) que se hacen necesarios, en la medida en que la realidad no es una construcción universal y unívoca, sino, más bien, un producto fragmentado que cuenta con diversas formas de interpretación. De esta manera, en la conformación de la opinión pública juegan un papel importante las diferentes culturas políticas existentes en la sociedad en tanto que son estos universos simbólicos los que generan los conflictos y tensiones entre las formas variadas de entender la realidad política.

Esa cultura política es definida como “las formas de intervención de los lenguajes y las culturas en la constitución de los actores y del sistema político” (Martin-Barbero, 1997, p64), poniendo en el centro del análisis los ingredientes simbólicos e imaginarios en los procesos de formación del poder y los modos de comunicación en los que se constituyen los actores políticos. Aceptar que los procesos comunicativos tienen un peso importante en la conformación tanto de los actores como del sistema político implica separarse de las concepciones técnicas de la política y aceptar en la cultura y la comunicación aspectos formativos y no meramente reproductivos.

En nuestras sociedades las batallas que diversos grupos sociales libran por la re-significación de los ámbitos políticos se encuentran establecidas en el terreno de lo simbólico, como lo

menciona Arturo Escobar (2001): las luchas simbólicas se llevan a cabo, primordialmente, en el campo de batalla de la comunicación, así los discursos y narraciones que se producen y circulan por estos medios, no obedecen a una realidad objetiva, son más bien el reflejo de las luchas por definir la realidad de una forma y no de otra.

Cada intervención pública o acción política de estos grupos excluidos ponen en evidencia el régimen dominante de producción de la verdad o las relaciones de saber, que etiquetan a quienes están por fuera de sus circuitos de significación como locos, anormales o peligrosos, así estas acciones públicas rompen el carácter monolítico de esas nociones hasta problematizarlas y resaltar su transitoriedad, abriendo un campo de posibilidades y nuevas formas de subjetividad (Foucault, 1975).

En el desarrollo de estas luchas por el reconocimiento y la aceptación, los sectores sociales excluidos de los circuitos más mediáticos deben hallar las formas para visibilizar en público sus puntos de vista, de lo contrario sus opiniones sobre lo público quedarían atrapadas en el ámbito de lo privado y no podrían contribuir en la conformación de la opinión pública. Por ello, estos grupos utilizan prácticas culturales de comunicación como herramientas de construcción y re-construcción de las identidades, pues el surgimiento de patrones culturales y comunicativos no está desligado de los procesos de creación y re-creación de las identidades de los sujetos, de hecho, en esos procesos se define la forma de ver y entender la sociedad, este es el “espacio público periférico” del que habla Habermas (2011).

En este “espacio público periférico” la comunicación es una interacción social en la que los agentes narran o ponen en circulación alguna información, con algún sentido, para alguien que recrea significaciones y narraciones que son convertidas en objetos de valor y en prácticas culturales específicas (Martin-Barbero, 1997). En este sentido el problema no es el medio de comunicación, sino la orientación que se le da a la información; así, por un lado, tenemos unos medios de comunicación masivos circunscritos en la lógica del mercado y al servicio de las instituciones y las élites en el poder y, por otro, medios de comunicación que van desde los denominados medios alternativos hasta el arte, los cuales sirven de herramienta a los grupos excluidos para poner en público sus opiniones y propuestas.

### **Comunicación alternativa: un escenario desde el cual construir nuevas significaciones de la realidad**

En el caso de la comunicación alternativa, esta puede definirse como la utilización de herramientas básicas de la comunicación como la televisión, la radio o el Internet, para fortalecer la circulación de información en un grupo determinado, mejorando o superando los efectos que producen la comunicación masiva. En otras palabras, la comunicación alternativa implica un cambio en la forma de comunicar, no en el medio por el cual se comunica, con lo

cual no solo se ocupa de los problemas internos del grupo, sino que puede abordar cualquier información de actualidad desde la perspectiva que interese al grupo.

Esta forma alternativa de comunicación se caracteriza por su alto grado de autogestión, participación y acción social, lo que le permite ganar espacios en la sociedad y generar propuestas diferentes a las transmitidas por los medios masivos, así, para Raúl Bendezú, la comunicación alternativa siempre tiene algo distinto y alterador del orden transmitido por los medios masivos (Garcés, 2006).

La comunicación alternativa agrupa a todos los discursos que hacen parte de la esfera pública y que se diferencian de la esfera mayoritaria a la cual se oponen y de la cual a menudo son excluidos, estos conforman, más bien, una esfera pública plebeya (Barbero, 2000) en la que se expresan todos aquellos grupos que por razones de clase, género, orientación sexual, etnia o filiación política no son reconocidos como interlocutores válidos para el ámbito dominante. Así, en la medida que en la esfera pública burguesa se manifiesta el binomio estatal-comercial, la comunicación alternativa y los circuitos que ella genera para su difusión y reconocimiento se mueven en el ámbito de la sociabilidad (Sáez Baeza, 2008).

La comunicación alternativa trabaja sobre las posibilidades de generar cambios sociales, gracias a sus contenidos, que suelen ser percibidos como amenazantes del *statu quo* por los defensores del sistema, así como por sus formas de funcionamiento internas que suelen ser horizontales, más o menos democráticas y participativas, buscando coherencia entre sus prácticas y sus discursos.

La comunicación alternativa resulta ser la opción que surge de y para la comunidad y se origina en las prácticas de individuos y colectivos que, inspirados por la realidad, proponen miradas alternativas sobre esta impulsada por el poder hegemónico, por ende, sus contenidos y prácticas resultan ser críticas frente a aquellas producidas por la comunicación tradicional que circula por los medios de comunicación de masas y que responde a los intereses de grupos económicos y políticos dominantes.

Por tanto, la comunicación alternativa es el resultado de prácticas sociales excluidas que difieren en forma y función de aquellas prácticas sociales propuestas por la sociedad mayoritaria; así, la fortaleza de los medios de comunicación alternativos es que nacen de las propias experiencias de las personas y colectivos sociales lo que acerca los discursos generados y transmitidos a las vivencias de sus receptores propiciando mayores fenómenos de interiorización de los mensajes. Es así como la comunicación alternativa puede ser definida como aquellas prácticas de comunicación no autoritaria que surgen por la necesidad de contrariar las visiones sobre la realidad social creadas desde los medios tradicionales de comunicación (Corrales & Hernández, 1998).

## **El arte como mecanismo de comunicación: estéticas y poéticas desde los márgenes**

El arte se ha constituido también como uno de los medios alternativos más importantes en la transmisión de mensajes y puntos de vista para buena parte de esos grupos excluidos, quizás uno de los que más ha utilizado esta forma de comunicación sea el de los jóvenes, en sus diferentes formas de agrupación. El arte juega en un doble sentido, en algunas ocasiones sirve como dispositivo para ingresar a los circuitos mediáticos transmitiendo un mensaje sensible y alterador de las posturas mayoritarias, pero en otros momentos el arte se configura a sí mismo como el medio de comunicación (Restrepo, 2008).

El arte constituye un campo imaginario estético que logra modificar otros campos imaginarios, sociales, políticos o ideológicos, la movilización simbólica que genera el arte en tanto campo cultural termina por irradiar su heterogeneidad a otros lugares de las realidades sociales. En este sentido, la obra artística ofrece su corporeidad (teatro, música, pintura, entre otros) para que los espectadores puedan proyectar sus campos imaginarios propios a partir de esos estímulos (Sanguinetti, 2009).

De igual manera el arte, en tanto imaginario estético que propicia la producción de imaginarios propios a sus espectadores, impulsa la creación de lazos sociales que se establecen entorno a una serie de manifestaciones estéticas y marcos simbólicos que de ellas se desprenden, en este sentido el arte cuenta con una capacidad religante, transmisora y relacional que resulta de vital importancia a la hora de construir colectivos sociales con pretensiones de influencia en lo público.

La capacidad del arte para alterar y cuestionar las posturas hegemónicas viene dado por su naturaleza esencialmente humana, pues el arte como creación humana parte de los sentidos, de las vivencias y de los sentimientos; lo que le permite propiciar re-configuraciones culturales que cuestionan el carácter monolítico de las prácticas culturales mayoritarias (Martin-Barbero, 2006). Ahora bien, no se puede desconocer que el arte no ha escapado de los intentos mercantiles de captar su esencia y convertirle en una mercancía que cuenta con productores y consumidores; intentos de mercantilización que han llevado a que el arte pierda los contornos que lo delimitaban, esto es, su capacidad de oponerse y cuestionar los discursos de verdad, de luchar contra el desgaste de la dimensión simbólica y la insignificancia en un mundo de objetos e ideas desechables (Martin-Barbero, 2006).

Según Eduardo Balán esta forma de “arte” obedece a lo que él llama la cultura de la delegación, en la cual los sujetos dejan en manos de terceros la realización de funciones esenciales para sus vidas (Balán, 2006). Este culto al espectáculo convierte a los sujetos en simples espectadores no solo frente a las cuestiones artísticas, sino también frente a las decisiones públicas que

afectan sus vidas cotidianas. Bajo esta forma de entender el arte, el artista es visto como alguien que cuenta con un don, que lo hace distinto y superior a los demás hombres. Esta visión del arte ignora que los hechos artísticos se inscriben en procesos sociales que permiten la interpretación del mundo, así como la creación de nuevas realidades a partir de los símbolos y relatos transmitidos por ese vehículo simbólico.

Así las cosas, el arte no solo vincula entorno a sus componentes estéticos, de igual manera lo hace desde los significantes que se crean y recrean a su alrededor, esta situación comprueba el carácter vinculante y replicador de las expresiones artísticas, las cuales logran crear movimientos colectivos en torno a sus manifestaciones estéticas. Por tanto, el arte no puede entenderse por fuera de las dinámicas socio-culturales en las que se inscribe y de las que hace parte, y en torno a las cuales se significa, en este sentido resulta importante aclarar que el arte utilizado como herramienta de lucha política a la par de crear identidad y movilizar procesos de acción colectiva, se desmarca de otras formaciones artísticas y culturales, es decir, una parte de su identificación proviene de su carácter reactivo frente a posturas estéticas mayoritarias a las que se opone.

Hacer política por medio del arte, en un contexto en el cual la noción de política se ha limitado históricamente a las instituciones del gobierno, es algo que no ha sido aceptado ni por dichas instituciones, ni por los estudiosos de la política; lo cual sitúa las experiencias que intentan influir en lo político por medio del arte en las periferias de la esfera pública y de la disciplina política. Si bien esta forma de expresión y participación política periférica no es aceptada por la sociedad mayoritaria y sus instituciones, ella hace parte de un universo simbólico que le da sentido a las acciones de una parte de la sociedad. Entre estos grupos excluidos encontramos uno al que en los últimos años se le ha venido prestando especial atención: los jóvenes.

Las manifestaciones artísticas utilizadas por los jóvenes en sus formas de participación de lo público, propician el surgimiento de nuevas subjetividades en tanto que suponen el ingreso a los escenarios de producción de sentidos de un segmento de la sociedad históricamente excluida no de los elementos materiales como la salud, la alimentación o la vivienda, sino de escenarios de participación simbólica y las conformaciones culturales mayoritarias (Sanguinetti, 2009).

## **Culturas políticas juveniles. Entre la permanencia y el cambio**

Comúnmente la juventud es vista como el periodo en el cual los sujetos adquieren las habilidades que les permitirán ingresar en la vida social adulta y que llega en el momento en que el joven ingresa al mercado laboral, conforma una familia y adquiere sus propias responsabilidades (Morán y Benedicto, 2008). Bajo esta visión los jóvenes quedan atrapados en una red de dependencias que les impide desarrollarse como sujetos autónomos capaces de construir proyectos de vida.

Por tal motivo, el papel de los jóvenes es el de reproducir las prácticas y valores de la sociedad, manteniendo el funcionamiento actual de las cosas e inscribiéndose en las prácticas culturales de la sociedad mayoritaria. De esta manera las instituciones del Estado cumplen un papel fundamental en la preparación de los jóvenes en la medida en que los conduce por el camino de la integración social.

Los jóvenes vistos desde esta perspectiva deben agotar su búsqueda de identidad en aquellos parámetros diseñados por la sociedad hegemónica para perpetuar el modelo imperante en las futuras generaciones; estas formas de socialización impulsadas por la sociedad mayoritaria se caracterizan por el papel que juegan el mercado y la publicidad en ellas. Así, son los llamados circuitos comerciales los que definen las identidades de los y las jóvenes (Reguillo, 2000), que se han encargado de someterlos a una serie de discursos integradores por medio de los cuales se pretenden legitimar las instituciones y prácticas sociales existentes que los impulsa a seguir una serie de modelos estereotipados, transmitidos por los medios masivos de comunicación y limitados al consumo (Reguillo, 2000). El objetivo de este tipo de discursos es el de implantar una forma de pensamiento único, una sola forma de ver y entender el mundo, de implementar una serie de valores incuestionables.

Bajo esta concepción del joven, su participación en los asuntos políticos se encuentra limitada a una serie de simulacros de carácter pedagógico que los prepara para su participación una vez sean adultos. Participación que se encuentra enmarcada en las instituciones del gobierno y que supone la interiorización de una cultura política tradicional por parte de los jóvenes, que les permita entender y actuar en concordancia con dichas instituciones e ingresar a los circuitos de la sociedad mayoritaria.

Ahora bien, según lo planteado en líneas anteriores, esos patrones culturales no son universales, sino diversos y amorfos; de tal manera que los jóvenes en cuanto actores sociales no escapan a esta diversidad cultural, por lo que podría hablarse de la existencia de diversas subjetividades juveniles. Por tanto, pese a la existencia de esos universos simbólicos mayoritarios, existen grupos juveniles que se mueven entre la resistencia a esas formas de participación tradicional y la generación de formas diferentes de intervenir en ellas.

Esa oscilación de los jóvenes entre la resistencia y la inclusión supone la existencia de nuevos espacios de participación juvenil que se encuentran por fuera de la política estatal en la medida en que los mecanismos consagrados de representatividad y participación a través de la dinámica partidista, no logran abarcar la totalidad de la participación política juvenil. Esta manera alternativa de participación política requiere de la existencia de una cultura política que re-signifique esos espacios y prácticas excluidas de los espacios tradicionales y les otorgue un sentido político desde la cotidianidad, las vivencias y los sentimientos.

Esos grupos, que hoy son subalternos y cuentan con un proyecto de sociedad diferente, tienen un campo posible de acción configurado en la polémica y la contradicción con el régimen vigente. El propósito de estas fuerzas subalternas es la de establecer un discurso compartido sobre una sociedad diferente, por medio de ciertas políticas culturales que les permita re-significar la realidad (Escobar, 2001). Culturas y prácticas que en el caso de los jóvenes marginados se ubican en torno a lo popular, es decir, en las culturas subalternas, en las culturas dominadas y desvalorizadas por la cultura hegemónica. Pero no se puede negar que algunos de estos grupos excluidos buscan mecanismos para incorporar sus prácticas y discursos en los ámbitos públicos.

Para Barbero (1999), en un mundo atravesado por la individualización y la competencia, las alternativas para re-significar los sentidos y prácticas diferentes se dan por medio de las resistencias desde el ámbito de las culturas regionales y barriales, lugares en los que los movimientos sociales ligan profundamente sus luchas por la identidad y una vida digna. Las prácticas discursivas de estos jóvenes encuentran en el barrio su patrón significativo, el contexto que le da sentido a lo que se dice y a lo que se hace. Estas prácticas culturales que se ubican en lo urbano cuentan con importantes experiencias de hibridación cultural que, según Martín-Barbero (1999), no son solo mezcolanzas de cosas heterogéneas, aunque puede presentarse algo de ello, sino la superación o la caída en desuso de los viejos patrones culturales. Estas hibridaciones culturales que se presentan en diferentes niveles e intensidades, como se verá más adelante, se manifiestan por medio del arte con el cual estos jóvenes transmiten sus formas particulares de entender las cosas que los rodean, le dan significado a la política y guían sus acciones hacia lo público.

De igual manera esos grupos de jóvenes vienen utilizando la comunicación alternativa, en especial la Internet, como medio para transmitir sus mensajes, con la utilización de esta forma de comunicación buscan trascender sus espacios más próximos, conformar redes e incidir en ese “espacio público” del centro.

## **Desadaptados y peligrosos o ¿formas de participación juvenil desde la marginalidad?**

Atrapados en medio de un conflicto que veía en ellos una fuente inagotable de combatientes, los jóvenes de las comunas de Medellín sufrieron con más fuerza que otros grupos poblacionales los rigores de la guerra que con algunos cambios de intensidad ha atravesado la historia de estas zonas de la ciudad. Este contexto conflictivo, en el cual los jóvenes oscilaban entre ser víctimas o victimarios, llevó a algunos grupos juveniles a decidirse por el arte como una forma de denunciar ese desolador contexto.

Una de las expresiones culturales que sirvió de marco para la generación de esas expresiones artísticas fue el Punk, fenómeno cultural que ha tenido una especial recepción en los barrios de Medellín debido a su fuerte identificación urbana y a sus mensajes alteradores del orden. Por medio de estas expresiones artísticas algunos grupos juveniles han generado una serie de universos simbólicos que configuran nuevos espacios de participación y denuncia en busca de establecer más canales de participación e influencia en lo público de los cuales, esta vez ellos, los jóvenes marginados, son los principales protagonistas.

Por el lado de la cultura Punk, esta llegó en la década de 1970 (Muñoz y Marín, 2007) y tuvo un especial recibimiento en los barrios populares de las grandes ciudades del país debido a su contenido marginal. Desde sus inicios en Inglaterra y su paso por los Estados Unidos, este género musical encarnó el malestar que los jóvenes sentían hacia la mercantilización de sus espacios vitales. Por medio de su máxima “cualquiera puede hacerlo” y “hazlo tú mismo”, los punkeros intentan mostrar que no es necesario contar con instrumentos costosos, ni ser un músico profesional para hacer Punk, lo importante es expresar lo que se siente.

La posibilidad de crear algo nuevo, por fuera de los estereotipos mercantiles, pero además expresarse por medio de la música sin necesidad de participar de la lógica del capital, lograron captar la atención de algunos jóvenes de las periferias de la ciudad. Quienes encontraron, en esta cultura, la forma perfecta de protestar contra un sistema que los excluye, como lo menciona Medina (Muñoz y Marín, 2007).

Los punkeros en Medellín son una raza legítimamente bastarda, hijos del odio, de la intolerancia del tercer mundo y de un país quebrado hasta los tuétanos [...] No es extraño encontrarse con uno que otro gamín del centro o de Moravia colado en la escena punk. Seres miserables de nacimiento que solo tuvieron que incorporar a su maltrecho ethos los taches y la cresta.

### **Desadaptadoz: una revolución político-cultural**

“Desadaptadoz” es un grupo de punk del barrio Castilla de la ciudad de Medellín que surge en el año 1987, en un contexto signado por una profunda crisis financiera que tuvo fuertes impactos en la economía de la ciudad, produciendo un elevado fenómeno de paro que, junto con la aparición del narcotráfico, sirvió de caldo de cultivo para el surgimiento de uno de los periodos más violentos en la historia de esta ciudad. Este es el contexto que marcara el rumbo de sus acciones a lo largo de su trayectoria artística.

En este contexto los jóvenes no encontraban en las prácticas culturales tradicionales, una alternativa válida para entender los fenómenos que a diario tenían que afrontar; así, la escuela, la Iglesia e incluso la familia no lograban generar pautas de pertenencia e identificación que les permitiera a estos jóvenes entender y encaminar sus acciones; inclusive, las nuevas formas de

agrupación, representadas en las milicias, combos y bandas de narcotráfico, no lograban saciar la búsqueda de identidad de muchos jóvenes.

Ante este desgaste de los patrones culturales tradicionales, los jóvenes de las comunas de Medellín que no querían pertenecer al conflicto armado, vieron en el rock y, especialmente, en el punk, un nuevo universo simbólico que lograba recoger los sentimientos de frustración y rabia que les caracterizaba, así pues, los sentimientos y vivencias de estos jóvenes fueron asimilados en el ritmo frenético y las letras duras e irreverentes del punk (Tabares, 2008).

Al ser el punk, una reacción ante los valores y prácticas de la sociedad tradicional, sus puestas en público buscan romper con los valores impuestos por la sociedad hegemónica, la cual pretendía tener a los jóvenes sometidos en un estado de exclusión y marginalidad, disimulado en los valores paternalistas y religiosos. Ante esta situación, los jóvenes punkeros de estos barrios decidieron responder con violencia simbólica, con violencia estética y artística, para ir en contra de esos valores de la sociedad mayor.

Pero a la par que cuestionan y se oponen a esos patrones culturales hegemónicos proponen la creación de otros, que permitan la superación de esta sociedad plagada de exclusiones y violencia. Para el caso de Desadaptadoz, esos nuevos valores culturales se centran especialmente en dos aspectos: el primero es la autogestión, por medio de la cual pretenden escapar de la comercialización del arte y los demás aspectos de la vida. Esta forma de ver y asumir la realidad obedece a una visión crítica de la sociedad a través de la cual pretenden cuestionar la limitación de la vida al mercado impuesta por el capitalismo y a la visión de un Estado “benefactor” que se limita, según ellos, a dar limosnas (Tabares, 2008), es en este sentido que el grupo plantea la autogestión como forma de lograr la libertad y un verdadero cambio social.

Esta propuesta de autogestión va más allá de hacer las cosas por cuenta propia es, más bien, una propuesta social en la cual cada sujeto estaría en la facultad de desarrollar libremente su proyecto de vida sin ataduras comerciales o institucionales, según los miembros de Desadaptadoz: “si cada persona se dedicara a vivir su vida libremente, esta sería una sociedad nativa, una sociedad libre, sería una sociedad perfecta” (Tabares, 2008, p. 8). Estas prácticas de autogestión hacen una invitación a no dejarse absorber por las instituciones socializadoras que conducen al consumo y a la uniformización de pensamientos, es una invitación a ser originales, distintos, es la aceptación de la pluralidad. Entonces las prácticas artísticas, las estéticas y las poéticas se convierten en espacios de libre creación, desarrolladas como ellos quieren que sean y no como los circuitos comerciales les dicen que deben ser.

El segundo aspecto con el que este grupo encamina sus acciones es la producción histórica de lo siempre nuevo, que para ellos se manifiesta en una frase “destruir para construir” que implica según sus propias palabras: “cada sí se convierte en no. Es un intento de recuperación histórica de lo diferente, de lo no reglamentado, es la recuperación de un proceso continuo de

construcción y deconstrucción de conceptos (modos de interpretación) en el que consiste la historia” (Desadaptadoz, 2013).

Esta oposición a lo establecido parte de la forma en la que estos jóvenes conciben la realidad, para Desadaptadoz la vida cotidiana está delimitada por el poder político institucional, por tanto, las acciones de los sujetos están determinadas desde factores externos a su propia vida. Por esta razón, se oponen a hacer parte de un modo de vida creado artificialmente el cual en muchas ocasiones no logra dar cuenta de la realidad que se vive, por eso proponen la creación constante de patrones de comportamiento que se adecuen a esas realidades, que les permita construir algo propio.

Estas posturas son materializadas por medio del arte, el cual no se agota, en este grupo, en la composición e interpretación de piezas musicales, pueden identificarse sus malestares y denuncias hacia el mundo que les rodea tal como lo demuestra este fragmento de una de sus canciones:

cada día paso a paso Nos adentramos en la oscuridad Para nosotros  
no hay camino Ni a los lados ni hacia atrás Es un mundo de infamia  
Es un mundo de enfermedad Hay un odio construido Con nuestros  
desencantos. (Desadaptadoz, 2008)

Su propuesta artística incluye, también, obras de teatro, grafismo y poesía, por medio de estos recursos artísticos Desadaptadoz denuncia aquellas realidades con las que no están de acuerdo, por ejemplo, realizan acciones simbólicas para protestar contra los asesinatos de jóvenes que se presentan en el barrio Castilla, para ello pintan siluetas en el asfalto como las que se utilizan en el levantamiento de un cadáver, cada día va apareciendo una distinta; al final, estas siluetas amanecen acompañadas por ramos de flores. Esta escenificación es fotografiada y su registro se expone en un evento cultural.

Las acciones en las que el grupo participa cuentan con claros contenidos políticos entre ellas se encuentran festivales como: Gran Jornada Nacional Contra la Criminalización de la Protesta Social; Antimili Sonoro; Foro Social Mundial en Venezuela; Encuentro Nacional de Arte por la Paz y por la Vida; entre otras acciones que incluyen marchas contra los crímenes de Estado, homenajes a personas asesinadas en el barrio Castilla, tomas culturales.

El arte es para este grupo el medio por el cual comunican esas posturas y apuestas de cambio social, Desadaptadoz centra sus acciones artísticas, en la cultura popular, en una cultura subalterna que no tiene cabida en los medios de comunicación masivos. Pese a ello este grupo ha tenido un acercamiento con medios de comunicación alternativos, por medio de un documental realizado por Señal Colombia sobre su trayectoria artística, en el marco del

programa Ataque Sonoro; además, cuentan con un blog en Internet en el cual se encuentran enlaces que la banda ha hecho con grupos de México, Perú y otras ciudades del país, asimismo, se puede leer su historia, se pueden observar fotos de jornadas contra los crímenes de Estado, contra la criminalización de la protesta social, al igual que se leen poemas como este:

esta generación está en peligro. Esta generación está en peligro se siente en el aire ya se sabe que quieren liquidarla. Esta generación tiene enemigos peligrosos es una flor de estambres fuertes y dispuestos le toca enfrentar nuevos Herodes más fieros más crueles más macabros. (Desadaptadoz, 2008)

Si bien esta marginación de los medios masivos invisibiliza sus acciones para buena parte de la sociedad mayoritaria, para la cual solo existen aquellas cosas que transitan por los media, no se puede negar que las acciones que este grupo lleva a cabo tienen una influencia en la generación de formas particulares de entender la realidad y actuar frente a ella en aquellas personas que escuchan sus mensajes. Para los miembros de Desadaptadoz sus acciones hacen parte de una revolución político-cultural, que no se enmarcan en revoluciones planetarias ni en proyectos de largo alcance, se trata de sobrevivir, de esta manera lo señalan los miembros del grupo: “el gran escenario del mundo como campo de maniobras reducido a su mínima expresión: no hay esperanza de resurrección, solo queda por hacer las cosas que uno mismo pueda hacer” (Desadaptadoz, 2013).

## Consideraciones finales

Pese al desgaste que vienen sufriendo las instituciones políticas diseñadas para generar formas de participación y sentidos de pertenencia política en las personas, dicha sociedad “mayoritaria” mencionada sigue siendo uno de los principales referentes de la vida política en las personas.

Si bien parece contradictorio hablar al mismo tiempo de permanencia de las instituciones como principal referente de la vida política y argumentar el desgaste de las mismas, lo cierto es que este desgaste se viene presentado en aquellos grupos sociales excluidos: indígenas; mujeres; negritudes; comunidad LGBTI; jóvenes; entre otros grupos; quienes ven que esas promesas hechas por las instituciones están lejos de cumplirse.

Este fenómeno ahuyenta a los grupos sociales excluidos de esas dinámicas institucionales de participación y genera formas alternativas de agrupación y participación en lo público, con las que se libra una batalla en el ámbito simbólico en busca de ser reconocidos como voces legítimas para participar en el juego democrático.

El reto está en reconocer en esas formas alternativas de agrupación y participación un sentido político que entre a disputar la conformación de la realidad con las instituciones de la sociedad mayoritaria, esfera del “centro”, la cual cuenta con los medios masivos de comunicación para transmitir sus mensajes e implantar sus ideas en esas personas que, atrapadas por las lógicas del mercado, se guían por los valores de la competencia y el individualismo.

Por tanto, la esfera de la “periferia” habitada por todos los actores sociales excluidos se ve en la necesidad de utilizar medios alternativos de comunicación, con los cuales participar en la lucha por re-definir la realidad, estos medios de comunicación encuentran en las pertenencias territoriales y/o culturales la carga significativa que dimensiona sus mensajes.

Si se quiere avanzar en la democratización de la sociedad es necesario propiciar la creación de un “espacio público” en el cual confluyan las dos esferas públicas de las que ha hablado Habermas, la del centro y la periferia, en un proceso de comunicación y deliberación sobre lo público. Para lograrlo se requiere reconocer en los sectores excluidos una serie de prácticas, que en mayor o menor medida, se distancian de las instituciones actuales y buscan nuevas formas de influir en lo público. Esto implica ampliar aquello que se entiende por política y las formas de participar en ella.

## Referencias bibliográficas

- Almond, G. (1999). *Una disciplina segmentada: escuelas y corrientes de las ciencias políticas*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Almond, G. y Batlle, A. (1992). *Diez textos básicos de ciencia política*. Madrid, España: Ariel.
- Balán, E. (abril, 2009). *Dinámicas urbanas de cultura*. Recuperado de [www.Scribd.com/doc/757905/dinamicas-urbanas-de-cultura](http://www.Scribd.com/doc/757905/dinamicas-urbanas-de-cultura).
- Batlle, A. (1992). Introducción: En G. Almond y A. Batlle (Comps.), *Diez textos básicos de ciencia política* (pp. 10-21). Madrid, España: Ariel.
- Bonilla, J. (2002). De la plaza pública a los medios: apuntes sobre medios de comunicación y esfera pública. *Signo y pensamiento*, 21 (41), 82-89.
- Camps, V. (1999). Ética, comunicación y política. *Comunicación*, 21, 9-21.
- Cosongo. (24 de junio de 2006). Como nació el Hip-Hop. *El Tiempo*.
- Crew Peligrosos. (25 mayo de 2013). *Crew Peligrosos*. Recuperado de <https://twitter.com/crewpeligrosos>.

Desadaptadoz. (30 julio de 2013). *Lamentos de suburbio*. Recuperado de <https://myspace.com/desadaptadoz/music/songs>.

\_\_\_\_\_. (22 junio de 2013). *Desadaptadoz*. Recuperado de <http://www.lastfm.es/music/Desadaptadoz>.

Escobar, A. (2001). *Política cultural y cultura política: una nueva mirada sobre los movimientos sociales Latinoamericanos*. Bogotá, Colombia: Taurus.

Foucault, M. (2001). *Los anormales: curso en el collage de France*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.

Garcés, Á., Oxoc, D., Arango, A. (2006). Comunicación alternativa: una lectura a la cultura Hip-Hop en Medellín. *Anagramas: Rumbos y sentidos de la comunicación*, 4 (08), 187-210.

Garcés, Á. y Mora, R. (2003). Las culturas juveniles urbanas contemporáneas: Una aproximación antropológica. *Anagramas rumbos y sentidos de la comunicación*, 2, 125-136.

Habermas, J. (1999). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid, España: Taurus.

\_\_\_\_\_. (2011). *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*. Madrid, España: Catedra.

Herrera, M., Pinilla, A., Infante, R. y Díaz, C. (2005). *La construcción de cultura política en Colombia, "Proyectos hegemónicos y resistencias culturales"*. Bogotá, Colombia: Domardhi.

Hernández, H. y Corrales, F. (1998). La comunicación alternativa en nuestros días: un acercamiento a los medios de la alternancia y la comunicación. *Relaciones Públicas*, 70, 1-34.

Lechner, N. (1987). *Cultura política y democratización*. Santiago de Chile, Chile: CLACSO.

Martín-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones: comunicación cultura y hegemonía*. Barcelona, España: Gustavo Gili S.A.

\_\_\_\_\_. (1997). Culturas y medios de comunicación. *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, 90 (576), 86-106.

\_\_\_\_\_. (1997). *El miedo a los medios. Política, comunicación y nuevas formas de representación*. Bogotá, Colombia: IEPRI.

\_\_\_\_\_. (abril, 2009). *Arte/Comunicación/Tecnicidad en el fin de siglo*. Recuperado de: [www.Scribd.com/74053artecomunicacióntecnicidad-en-el-fin-de-siglo](http://www.Scribd.com/74053artecomunicacióntecnicidad-en-el-fin-de-siglo).

Morán, M. y Benedicto, J. (2008). Los jóvenes como actores sociales y políticos en la sociedad global. *Revista pensamiento iberoamericano*, 3, 1-6.

Muñoz, G. y Marín, M. (2007). *En la música está la sabiduría, la memoria, la fuerza*. *Revista de sociología*, 28, 199-223.

- Naranjo, G., Hurtado, D. y Peralta, J. (2003). *Tras las huellas ciudadanas*. Medellín, Colombia: Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia.
- Pinto, J. (2000). *Introducción a la ciencia política*. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires.
- Ponte de Sousa, J. (2005). Las rebeliones juveniles y las nuevas narrativas políticas. *Jóvenes, Revista de estudios de juventud*, 22, 81-110.
- Price, V. (1992). *Opinión pública*. México D.F., México: Universidad de Guadalajara.
- Reguillo, R. (2000). El lugar desde los márgenes: música e identidades juveniles. *Nómadas*, 13, 40-53.
- Restrepo, A. (2008). *La comunicación y la subjetividad de los jóvenes inscrita en el arte: expresión de los esfuerzos de los jóvenes por el reconocimiento. Análisis de las experiencias de Medellín*. Manuscrito no publicado.
- Restrepo, F. (2009). *Nota densa, grupo Crew Peligrosos*. Manuscrito no publicado.
- Sanguinetti, I. (2005). Nuevas identidades para nuevos desarrollos. En *Cultura y Transformación social* (pp. 64-69). San José, Costa Rica: VIVA Trust.
- Sartori, G. (1998). *Homo videns: la sociedad teledirigida*. Madrid, España: Taurus.
- Swidler, A. (1996/1997). La cultura en acción: símbolos y estrategias. *Zona abierta*, 77/78, 127-162.
- Tabares, C. (2008). *Nota densa, grupo Desadaptadoz*. Manuscrito no publicado.
- Uribe de Hincapié, M. T. (8 de julio de 2004). *Una invitación a la ciencia política*. Conferencia inaugural del Pregrado en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
- Vallespín, F. (2001). Teoría del discurso y acción comunicativa en Jürgen Habermas. En R. Máiz (Comp.), *Teorías políticas contemporáneas* (165-190). Valencia, España: Tirant lo Blanch.
- \_\_\_\_\_. (2003). Un nuevo espacio público: la democracia mediática. En: R. Máiz (Comp.), *Teoría política: poder, moral, democracia*. Madrid, España: Alianza editorial.
- Wolton, D. (1992). *Elogio al gran público: una teoría crítica de la televisión*. Madrid, España: Gedisa.
- Young, K. (1999). *La opinión pública y la propaganda*. México D.F., México: Paidós.